

EL RAMILLETE

Revista quincenal de Ciencias, Literatura y Artes.

SECCION CIENTÍFICA

UN MILÍGRAMO

DE

FILOSOFÍA MÉDICA

II.

Hermano: En mi carta anterior quedé comentando la hermosa, á primera vista oscura y despues de meditada luminosa, tesis de Treviranus, que se puede exponer en términos á estos parecidos: Cada partícula de materia organizada se conduce como una substancia excreta con relacion al organismo de que forma parte. Asimismo deciate que la base principal en que se apoya es un hecho de verdadera actividad, en parte química, vital en esencia, universal en su esfera de accion y que toma el nombre de afinidad electiva. Toda molécula organizada atrae á sí para su conservacion los materiales nutritivos que le son necesarios, materiales que han sido repelidos por las demás moléculas del organismo y repele del mismo modo los innecesarios ó nocivos, que van á ser asimilados por otras moléculas. Por lo que toda molécula organizada se conduce como un excremento del organismo. Si la afinidad electiva de la misma sufre alguna aberracion, los materiales *excrementicios*, para su nutricion ne-

cesarios, se verán repelidos, que no atraídos, como acontece fisiológicamente, y el resultado será una verdadera discracia.

Y veamos un sencillo ejemplo.

Si los corpúsculos rojos de la sangre sufrieran vitalmente de modo que se disminuyera y aberrara su afinidad electiva, se produciría la anemia, que sería profunda si participasen en dicha aberracion los glóbulos blancos.

Admítase hoy dia la teoría de hace unos años con respecto al origen de los corpúsculos discoidales que lo atribuía á una metamorfosis de los linfóideos. Tanto que un sabio llama al bazo la *cuna* y al hígado la *tumba* de los corpúsculos rojos. Es un cambio hematósico.

Los glóbulos blancos ó leucocitos que vienen del bazo, que vienen de las glándulas linfáticas (cuya primera série, segun otro sabio, la forman las de Peyer), que vienen de la médula de los huesos (Bizzozero) y de los centros germinales de las paredes de los capilares (Beale, si mal no recuerdo) sufren en efecto una verdadera hematosi, una arterializacion de que ha sido ilustre testigo Recklinghausen en la rana.

Los glóbulos linfoidales atraídos por el oxígeno, movidos por su afinidad por él, circulan y penetran en los conductos quilíferos que los arrojan en el torrente sangui-

neo, conductos que desaguan una cantidad de linfa próximamente de $6\frac{1}{2}$ libras al día en dicho torrente circulatorio, en busca del mismo. Entran en el corazón derecho que los propulsa á los pulmones, sufren la hematosi, se convierten en vehículos del oxígeno, y descienden en su circuito hacia el corazón atraídos por la fuerza de afinidad que poseen los tejidos por dicho gas, entre otras causas. El ventrículo izquierdo con una presión de $52\frac{1}{2}$ libras los hace acelerar en su marcha victoriosa.

Y siquiera recordemos lo que pasa en el pulmón.

Los corpúsculos discoidales normalmente ocupan generalmente el centro del torrente capilar, al llegar á los capilares pulmonares se colocan en su periferia colocándose en el centro los blancos.

Pero disminuida su afinidad por el oxígeno, sin tener en cuenta el trastorno lógico de la difusibilidad de los gases, los corpúsculos de la sangre no pueden sufrir una hematosi suficiente.

Sucede una sub-oxigenación.

El oxígeno, escitante de la nutrición, se halla en defecto, y la nutrición se hará defectuosa.

El oxígeno, objeto de la afinidad de los tejidos, se halla en defecto, y la afinidad electiva en general se hará defectuosa. De consiguiente se retardará la circulación capilar, habrá congestiones, el corazón palpitará.

Los corpúsculos rojos ó moribundos mueren más prontamente si les falta el exceso de oxígeno que les hace funcionar como vehículos. La dificultad de su arterIALIZACIÓN originará los «colores pálidos,» creyendo algunos que la rubicundez característica de la sangre arterial sea debida á la oxidación del hierro de la hemoglobina.

Los infartos glandulares linfáticos se fa-

cilitan por la lentitud consiguiente en la circulación por los conductos quilíferos.

Disminuida la nutrición en general, se disminuye parcialmente. De aquí, pues, las hipersecreciones, como por ejemplo, los sudores copiosos, las diarreas, las leucorreas, las seborreas (muy constantes segun Hebra) y las exudaciones que tienden á degenerar: porque defectuosa ó casi nula la absorción, hay hipersecreción, y hemos dicho que el oxígeno es el escitante de la nutrición de los tejidos.

Así puede explicarse la insignificante absorción que se hace del hierro, medicinalmente administrado, y así puede concebirse la probable utilidad de la administración del gas oxígeno en la anemia.

La hematina por desoxigenación se transforma en biliverdina: de aquí el ícterus anémico.

Disminuida la hematosi y la nutrición, no puede formarse, como en el estado normal, una octava parte del peso del individuo de sangre al día y se altera la proporción entre los glóbulos hemáticos y los blancos: puede así suceder una leucocitemia.

La sub-oxigenación, unida á una disminución de la decarbonización del organismo (Heusinger) puede transformar la hematina en hematoïdina.

Permite que te cite un párrafo de la onzena lección del libro de Patología Celular de Virchow:

«Estos (corpúsculos melánicos) se observan en casos benignos de fiebres intermitentes, en la cianosis cardíaca, en las tifóideas, en las fiebres de complicación de diversas afecciones icorímicas despues de operaciones, en el curso de desórdenes epidémicos, y en aquellas enfermedades acompañadas de rápida destrucción de la masa sanguínea (las itálicas son mías) que conducen á la caquexia y á la anemia.»

Los órganos de la ovulación y cataménicos sufren periódicamente de una congestión prodrómica y de un recargo de ácido carbónico. En ciertas anemias se verán escesivamente congestionados en tales períodos, á causa de la lentitud de la circulación capilar, y también en exceso sobrecargados de ácido carbónico por el defecto de la difusibilidad de los gases en el pulmón. Esto, unido á la laxitud de los tejidos y á su tendencia á exudaciones, puede bien dar origen á una menorragia anémica.

Más aun: durante la vida cataménica la mujer exhala la mitad menos de ácido carbónico por los pulmones que el hombre en igualdad de circunstancias: y la razón es que se exhala en la sangre catamenial.

Brown-Séguar cree que el ácido carbónico en exceso excita las contracciones uterinas: de aquí, pues, que si no hay ocasión para la menorragia, pueda sobrevenir una dismenorrea neurálgica, de carácter espulsivo, que pudiera confundirse con la obstruktiva siendo simplemente congestiva.

No es difícil tampoco sospechar que la sub-oxigenación altere el modo fisiológico de ser del sistema gangliónico que regula entre varias otras la función de la ovulación: de aquí puede presentarse la amenorrea anémica.

Trastornada la afinidad electiva del sistema gangliónico, se puede producir la fiebre, por ejemplo.

Bernal, por la sección del simpático, ha aumentado la temperatura.

Durante la fiebre puede sobrevenir una congestión hepática, á causa de trastornos de la nutrición hepática, y esta traer una reabsorción de los ácidos biliares que descompondrán la hematina y producirán el icterus del modo ya explicado por Niemeyer.

Virchow en la fiebre tifóidea ha compro-

bado la aberración vital del sistema gangliónico, pues ha observado depósitos de pigmento en el interior de los ganglios.

Que la fiebre depende de una disminución de la afinidad electiva del simpático, es casi evidente.

El Dr. Hax, por medio de la galvanización del simpático (región cervical), ha hecho descender varias veces la alta temperatura de la fiebre tifóidea.

Brown-Séguar obtiene el frío por medio de la misma galvanización.

Con estas generalidades, pues mi ánimo es ser lacónico, comprenderás la suma importancia del estudio de la afinidad electiva de la materia organizada, base solidísima de la tesis axiomática de Treviranus: la influencia, en una palabra, que el desarrollo de la actividad de una simple molécula de materia organizada puede ejercer sobre la vida.

Además te he hecho observar que esa fuerza de afinidad electiva domina toda la Biología: hace sentir el peso de su supremacía lo mismo en los animales que en los vegetales, lo mismo en el microfito que en el microzoario; que del mismo modo mueve la sangre que la savia, que dirige las raíces en busca de la humedad, venciendo á veces, mil obstáculos y que causa los asombrosos movimientos de los estambres y pistilos en el acto de la germinación.

Y hasta mi próxima.

EDUARDO FRANCISCO RODRIGUEZ.

Sagua la Grande, Mayo 12, de 1875.

REVISTA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS.

Nuestro objeto. — La Academia. — Principales obras publicadas. — Mr. de Remusat. — *Cómo se hacen libres los pueblos*, por Mr. Albrespy. — *Paris, su vida y sus órganos*, por Mr. Maxime du Camp. — *De la Moral de Plutarco*, por Mr. Octavio Greard.

Cual ecos leves del mundo científico que tiene su asiento en esta capital cosmopolita, vamos á

inaugurar una seccion cuyas instructivas materias no dudamos serán del agrado de los lectores de EL RAMILLETE. La ciencia solo aparece árida á los ojos de aquellos que no se toman la molestia de apartar abrojos en los senderos que conducen á su campo amenísimo. En nuestra tarea habrá de alternar la anécdota con la historia, el estudio de los progresos del espíritu humano con la influencia que en él ejercen las costumbres y las leyes.

En el seno de la Academia de Ciencias morales y políticas de París apenas hay día que no se esclarezca una idea fecunda, que no se trate de algun objeto trascendental para las mismas. Las obras presentadas al examen de esa insigne corporacion pueden servirnos de guia en nuestro propósito; procuraremos sintetizar las ideas expuestas acerca de ellas, y añadiremos, al mismo tiempo, el óvulo modesto de la observacion propia. Es muy delicado el empeño, pero confiamos en cumplirle con la mayor fidelidad posible, y sin el menor apasionamiento por determinadas doctrinas.

Patrocinado poco há por la elocuencia de Mr. de Remusat, cuya muerte ocurrida en 6 del actual es una gran desgracia para la ciencia, se presentó á la Academia un libro titulado *Cómo se hacen libros los pueblos*. Si atendemos á que su autor Mr. Albrespy ha sabido demostrar las diferencias esenciales que median entre la libertad que se respira en las montañas de la Helvecia, cuyos ecos remedan todavía el acento de Guillermo Tell, la que vivifica las riberas del Missisipi y la que se mantiene en los lares de la vieja Inglaterra, el lector no habrá menester de esfuerzos de pensamiento para espresar las consecuencias lógicas que claramente deja entrever aquel ilustrado publicista. En su narracion ha acertado á agrupar históricamente las distintas fases de la vida de la libertad, ora sus alas de ángel se manchen con la sangre de bárbaras hecatombes, ora se agiten puras, á la luz del espíritu.

Encadena en sus páginas las reflexiones con los hechos, y luego, contemplando, uno por uno, el estado de los pueblos de Europa, al comparar á la hoy prepotente Alemania con las naciones antes citadas, no encuentra en ella tan bien cimentada la libertad porque sus creencias morales y religiosas no están tan seguras y arraigadas. Puede conceptuarse exacta la observacion, respecto á aquellos pueblos, pero tambien creemos que la aplica Mr. Albrespy á la Francia con harta severidad.

Las desgracias de su patria, la catástrofe de 1870, no se originaron de las faltas de su fe, nacieron de los excesos de su orgullo; no proceden de las debilidades de una moral convencionalista, sino de las fuerzas de una soberbia autoritaria.

Se coloca en un punto de vista algo esclusivo, sin duda porque es protestante, pero en seguida su claro juicio le lleva á un camino franco y despejado, uniendo á la delicadeza de la observacion la trascendencia de sus deducciones. Sin conceptuar irreligiosos á los franceses, distingue en el caracter nacional un rasgo que le parece tan peligroso, al menos, como la irreligion propiamente dicha; es lo que él llama el espíritu galo, ese espíritu burlon y escéptico que conduce, en materia de dogma, á la indiferencia. No deja, sin embargo, de causar sorpresa, el que cita como ejemplo, el más elocuente de ese espíritu galo, la gran figura de Enrique IV. Segun el autor del libro, la conversion de aquel monarca es uno de los acontecimientos que han contribuido más á subordinar la religion á la politica; deduciendo de ahí la indiferencia religiosa que, despues de haber inspirado á Enrique IV debía inspirar á Voltaire, el cantor de su gloria.

A propósito de ese espíritu galo, y en la sesion en que hubo de darse cuenta del libro, el académico Mr. Baudrillart hizo observar que tal vez se referiria al espíritu de los druidas, el cual era muy sério y religioso, cualidades precisamente contrarias á la burla é ironia predominante en el aludido por Mr. Albrespy.

Los elogios tributados á la obra por Mr. de Remusat no fueron extensivos á las ideas particulares del autor sino á las fundamentales de su doctrina, emitidas en estilo claro y correcto, y con cierta originalidad, que es una de las condiciones más estimables en el escritor.

Otra de las obras importantes presentadas á la Academia en este último periodo, y por el individuo de número Mr. Bersot, es la titulada *Paris, su vida y sus órganos* de Mr. Maxime du Camp, tomo final de la coleccion que hace algunos años sigue publicandose bajo dicho lema. Este tomo trata de las fortunas en Paris, de los fraudes en los arbitrios y de la lucha de la Administracion contra esos fraudes. Contiene además capitulos muy curiosos acerca de los matrimonios, los nacimientos, las defunciones y los cementerios. Pero la parte en extremo interesante de su libro es el estudio sobre el parisien. Mr. Maxime du Camp sostiene que so-

lo una parte muy pequeña de los verdaderos parisienses ha figurado en las revoluciones de que fué teatro la gran ciudad, parte que consigna en la proporción de un cinco por ciento.

Respecto á ese particular observa Mr. Bersot que carece de exactitud el cálculo. Hay muchos hijos de París que han nacido allí por ocasión, ó como quien dice, por casualidad, sin preceder por parte de sus padres una vecindad permanente, no corriendo por sus venas sangre parisiense; y al contrario, muchos otros que nacieron en los departamentos, pueden, por virtud de la aclimatación, tornarse en parisienses genuinos. El fondo del carácter de este pueblo privilegiado está pintado por el autor con mano maestra. El parisiense, en efecto, es un tanto murmurador, bullicioso, amigo de la novedad, y, por más que se diga en contra, amigo también de la autoridad y del orden. Su ideal es un gobierno bastante fuerte para que él pueda atormentarle á su gusto.

En el último capítulo se eleva el autor á consideraciones de gran trascendencia: hablando de los peligros que entraña la cuestión social, dice que actualmente hay reposo en la utopía. Los soñadores han advertido que no es tan fácil como creían el organizar el trabajo y distribuir á su antojo la fortuna; se han hecho esfuerzos bastante afortunados para sanificar la razón pública, y en la gloria de esos esfuerzos corresponde una parte considerable á la economía política.

No participamos nosotros de las ilusiones del autor. Ciertamente que el desengaño ha enseñado muy á su costa á los pretendidos niveladores sociales, que no es lo mismo amoldar las formas precisas de la práctica á los vagos diseños de la teoría, pero es tan grande la terquedad, tan extraordinaria la pertinacia de los creyentes, tan imponente aun el número de los que se juzgan desheredados por la sociedad, que esta habrá menester en sus directores de una suma de prudencia no menos extraordinaria y de una firmeza que quizás no sea inquebrantable para contener la presión constante de aquellos.

Esta sería la ocasión de refutar ciertos errores de las escuelas políticas que hoy predominan, si la índole puramente científica de nuestra publicación no contuviera á la pluma que aquí se atreve á significarlas: solo si indicáremos que no les cabe á esas escuelas menor responsabilidad en la cuestión del socialismo que á las más avanzadas ó radicadas.

Debo decir asimismo algunas palabras acerca de otra obra, cuya segunda edición fué presentada recientemente á la Academia, habiendo sido premiada por ella en 1867: *De la Moral de Plutarco*, por Mr. Octavio Greard, inspector general de instrucción primaria. Notables modificaciones aparecen en esta segunda edición, respecto á la primera, sobre todo en lo referente á la filosofía y psicología del célebre biógrafo de los hombres ilustres. En la primera edición Plutarco aparecía menos como un filósofo que como un simple recitador de máximas; de modo que no era fácil explicarse la grande influencia que hubo de ejercer como moralista: ahora le presenta platónico, esto es, defendiendo contra los epicúreos y estoicos una moral espiritualista, la moral de Platon.

Estudiaba las costumbres y los caracteres, ya moral, ya psicológicamente. No arrojaba la sonda en el alma humana, según expresión de Mr. Greard, pero la observaba y analizaba en todas sus manifestaciones; lo cual demuestra con los inimitables retratos que hace Plutarco del curioso y del fanfarrón y las páginas en que trata de las reciprocas influencias de dos esposos para el mútuo perfeccionamiento. Pero lo más elocuente es el ejemplo que cita á propósito del remordimiento, del parricida que, después de derribar un nido de golondrinas, mata, uno por uno, á todos los polluelos, y replica á los que le reprenden su crueldad: «¿No veís que esas aves me estaban echando en cara el haber dado muerte á mi padre?»

Plutarco, para hacer resaltar las excelencias de su moral, hiere á los epicúreos con diversas armas, no siendo las de la sátira las menos eficaces; y nos refiere que en la isla de Circe, habiendo estado diosa convertido en puerco á los compañeros de Ulises y cuando el héroe acudía desesperado á participarles que ella no revocaba la oprobiosa sentencia, se encontró á Gryllo muy conforme con su suerte, calentándose al sol y manifestándose muy agradecido á la encantadora. Le dijo que, comparando la condición de hombre con la de puerco, hallaba la segunda muy preferible á la primera.

No expresó su conformidad con la apoteosis que hace Mr. Greard de Plutarco el distinguido académico Mr. Nourisson; antes manifestó en el seno de la Academia que el prestigio de aquel grande escritor es debido exclusivamente á la parte novelesca de sus *Vidas de hombres ilustres*: Mr. Nourisson cree que en ellas la historia es sus-

tituida por la novela con harta frecuencia. Nosotros, sin embargo, no lo creemos así, con permiso del docto académico, y otro día tendremos ocasión de manifestar los fundamentos de nuestra creencia, rescñando, á la vez, las rectificaciones á que dió lugar la idea por aquel espuesta.

L. REGINALT.

Paris 25 de Junio de 1875.

SECCION LITERARIA

A LA MUERTE.

Dulce consoladora, hija del cielo,
¡con cuánto amor el pensamiento mío
á tí dirige el fatigoso vuelo,
del mundo y de la vida ya en hastío!

¡Cuál me halaga pensar en cuando vengas,
de tus galas angélicas vestida,
y en tus brazos recibas y sostengas
esta frente llorosa y abatida!

Tú me debes piedad y amor prolijo:
si eres madre del huérfano errabundo,
madre del infeliz, yo soy tu hijo;
mas triste corazón no lo vió el mundo.

Yo no temo de tí ¡oh ángel clemente!
¿Tú hacer mal al anciano, al justo, al bueno,
á la virgen, al párvulo inocente?
¿quien arrancas del materno seno?

Ciego pavor, terrena resistencia
de la tenaz raiz, que asida al suelo
no quiere fenecer; pero la esencia
de la trémula flor aspira al cielo.

Vén, abrígame ya bajo tu manto:
el mundano temor á mí no alcanza;
en tí acaba el dolor, se extingue el llanto:
tu verdadero nombre es la Esperanza.

Y en tí solo esperar mi ánima sabe:
porque en tu mano, arcángel favorito,
puso Jehová la misteriosa llave
del alcázar azul de lo infinito.

Tú me libtarás de tantos males
como me asedian en funesta copia,
del vicio y la maldad de los mortales,
de su insana miseria y de la propia.

De este rebelde polvo impertinente
quebrantarás las ansias y pasiones;
y á su instinto mi espíritu obediente,
ya no hallará ni acechos ni prisiones.

¿Qué me importa su fin? ¿Hay fin, acaso,
á las obraa de Dios? Ese tembloroso
desteñido celaje del ocaso,
es en otro hemisferio oriente hermoso.

Yo seré la verdura de las eras,
yo el nido abrigaré del pajarillo,
viviré con el lirio en las praderas,
daré sombra y sustento al cervatillo,

Y, flor del valle ó junco de los lagos,
prestarán regocijo al polvo mío
de las aguas y brisas los halagos,
y servir á la tierra de atavío.

Eso darás á mi mortal despojo,
¡oh regeneradora de la vida!
y fin á mis tristezas y mi enojo,
y á mi alma la patria apetecida.

Y me darás también, en tí confío,
del tan llorado padre, estrechamente,
el amoroso pecho unir al mío,
y darle paz en la serena frente.

¡Ay! ¿Qué será cuando á mis brazos vuelas,
muerta luz de mi hogar, muerta alegría,
lirio arrancado en flor de mis verjeles,
sér de mi sér, amor del alma mía?

¡Ay, cómo están desiertos mis balcones!
¿A qué se abre la flor y exhala aromas,
si el organillo errante alza sus sonos,
y tú ni te sonries ni te asomas?

Hijo, tus manecillas como armiño
ya no buscan mi rostro, ni me inunda
de celeste delicia tu cariño.....
¿qué soledad es esta tan profunda?

¡Oh Muerte! por piedad, pues que no hay llanto
en este corazon, y no me mata
esta intensa agonía, abre tu manto
y á los cielos mi espíritu arrebatá.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

(Venezuela).

VIVIR ES LLORAR

¿Por qué suspira la niña?

¿Qué cuidado la acongoja?

Una lágrima! es de anhelo?...

Deja, déjala que corra:

Respira el hombre
si anhela y llora.

¿Por qué la niña sonríe
al galán que la deshonra?

Una lágrima! es de dicha?...

Deja, déjala que corra:

El hombre alienta
si goza y llora.

¿Por qué la niña está pálida?

¿Por qué la niña solloza?

Una lágrima! es de pena?...

Deja, déjala que corra:

El hombre vive
si sufre y llora.

¿Lágrimas en nuestros ojos...?

Dejad, dejemos que corran!

Murió la niña: que el hombre

á la muerte se abandona

si ya no anhela,

si ya no goza,

si ya no sufre,

si ya no llora!

DIEGO V. TEJERA.

(Cuba).

UN GEMIDO

¿Conoces tú la tierra donde el bambú cimbreaba
bañando en poesía toda alma juvenil,
y dó la piña vence la rica miel hiblea?
¡Cuánto se llora allí!

¿Conoces tú la tierra donde la palma erguida
el corazon mas yerto subyuga, hace latir,
con su belleza, gracia, melancolía y vida?
¡Cuánto se llora allí!

¿Conoces tú la tierra donde el sunsun palpita,
dó hechiza el aguinaldo con su feston gentil,
donde la caña es mina que la codicia escita?
¡Cuánto se llora allí!

¡Concédame la suerte, conmigo tan impía,
un punto, solo un punto, verla antes de morir,
y que el bambú proteja la pobre tumba mia,
auuque se lllore allí!

EMILIO BLANCHET.

Jacinta

HISTORIA REFERIDA Á TRES AMIGOS Y DEDICADA
Á D. ANTONIO DE TRUEBA

Continuación. Parte segunda

Si exceptuamos el dolor cada vez mas hondo de la pobre abuela, y la desesperación cada vez mas sombría del desgraciado Antonio, el valle habia vuelto á su tranquilidad anterior, y nada anunciaba la desgracia que hemos referido.

La casa de la abuela estaba abandonada: el lavadero de Jacinta no habia sido ocupado por ninguna otra muger, y la cabaña que empezó á hacer Antonio estaba en el mismo estado, porque habia suspendido la obra desde el sábado que precedió al fatal

Estos versos imitan algo la forma de aquellos de Goethe, que empiezan:

«Kennst Du das Land, wo die Citronen blühen, etc.»

(N. del A.)

domingo en que salió del valle Jacinta.

¡Pobre niña! Un mes habia pasado y no se tenia la menor noticia de su paradero.

Antonio hablaba algunas veces con Aleja, que vivia ahora en la casa de una anciana, pariente de su marido. Una mañana en que aquellos dos desgraciados habian nombrado por milésima vez á la fugitiva, Aleja se echó á llorar y dijo que sentia morir por momentos, y que moria con el pesar de no haber podido bendecir otra vez á Jacinta. Antonio alzó la cabeza y advirtió por primera vez, en medio de su dolor, que la pobre Aleja habia envejecido un año en pocos dias: comenzó á sentir inquietud por su vida y á preguntarle qué le mandaba para su alivio. Aleja le pidió por el amor de Dios que fuera á Bogotá á buscar á Jacinta y á traerla. En lo que menos pensaba Antonio era en buscar á la mujer que tan villanamente lo habia abandonado; pero la súplica de aquella pobre madre, las lágrimas de aquella anciana, que tan serena habia visto aun las mas amargas circunstancias, todo le inspiraba una compasion sin límites, y le ofreció ir á buscar á Jacinta. ¡Quién sabe si el amor, aun el amor burlado, ayudó á convencerlo! Nosotros hemos visto los efectos de grandes pasiones entre las gentes del campo; maravillas de sensibilidad y de delicadeza como entre los corrazones educados. Vimos morir repentinamente á un pobre jornalero al oir el grito (y él creyó que era el último) que exhaló su amada esposa cuando daba á luz con grandes dolores á su primer hijo. Cuando la moribunda volvió á la vida, ya era viuda, y cuando nació la niña, á precio tan costoso adquirida, ya era huérfana. Hemos contado una que otra vez este suceso en medio de la sociedad civilizada, y hemos tenido ocasion de divisar las sonrisas de burla con que solemnizaba aquel milagro

de sensibilidad y de ternura.

Antonio preparó su doloroso viaje, y vino á noticiárselo á Aleja, trayendo un vecino piadoso que se encargaba de ir á T... á rogar al cura que pusiese una carta, á nombre de la anciana, para llevarla á Jacinta.

La abuela se deshizo otra vez en lágrimas, aprobó la idea y se quitó el rosario del cuello para dárselo á Antonio, encargándole que se lo entregara á Jacinta.

Antonio lo suspendió á su cuello, y al dia siguiente, cuando el sol apareció, ya el pobre mozo habia cerrado su puerta y se disponia á emprender su triste viaje. Aleja, y aun Antonio mismo, estaban persuadidos que el único trabajo que tendrian seria encontrar la fugitiva; y que encontrada, hallarian la misma Jacinta que los habia hecho tan felices. ¡Ah! ¡No sabian lo que la compañía de un hombre y la habitacion en la ciudad podian haber hecho de la hermosa é inocente aldeana!

Una mirla, cuyo polluelo hubiera sido robado de su nido, si se hubiera puesto á buscar á su hijo, al fin lo hubiera hallado en la ciudad, en una jaula, y saltando alegremente entre los dorados alambres. Pero si se hubiera logrado abrirle la puerta de la jaula, el pájaro habria volado y vuelto á su bosque alegre y cantando, y sin ningun recuerdo de la ciudad. Mas, ¿quién puede esperar que vuelva con su alegría y con su canto, con su inocencia y su risa, la pobre niña que vivió entre los hombres civilizados? ¡Ay! ¡Al volver, si vuelve, se notará que sus labios y sus mejillas no tienen ya el color de la flor del granado, y que sus ojos no son limpios y suaves como el cielo de su valle, y que ya ni puede, ni sabe cantar y saltar como los pajarillos de su bosque!

Antonio llegó cuatro dias despues de su

salida del valle á la populosa ciudad, donde se encontraba mil veces mas solo y mas abandonado que si le hubiera cogido la noche en medio de la montaña donde tenia su estancia.

Ningun conocimiento, ningun amigo, ningun extraño, lo guiaba en las calles de Bogotá, donde se perdió muchas veces. Mas, poco importaba esto: como no tenia posada fija, en cualquier parte donde le cogia la noche buscaba una tienda, compraba comida y pedia posada.

La tendera, al ver su buen aspecto y que tenia plata en la bolsa, no tenia inconveniente en permitirle que se acostara sobre el mostrador. Al dia siguiente seguia caminando.

¡Dios sabe si pasó un dia en derredor de una manzana, y vino á dormir á la tienda contigua á la que le habia dado posada la noche anterior, y creyó, al acostarse, que habia caminado media ciudad! ¡Dios sabe tambien si le amanecía en Santa Bárbara y la noche lo encontraba en alguna callejuela de las Nieves, siempre desorientado, siempre buscando, siempre preguntando en las tiendas: «¿V. conoce una muchacha así y así que se llama Jacinta?»

Pasaron ocho dias, y ocho mas, y no habia encontrado la mas pequeña huella de la que buscaba.

Una tarde bajaba por la calle de los Carneros, desalentado ya y pensando en su valle, cuando entre las voces de las gentes que iban á paseo (era domingo) oyó una que le hizo estremecer como si le hubiera dado frios. Paróse alineado en una pared y siguió escuchando: la voz que le habia herido el corazon venia de arriba, y se fijó con los ojos y con el alma.

Dos mujeres, cogidas del brazo y hablando y riendo, bajaban en direccion á la Capuchina. Ambas vestian trajes de seda,

gorra y chales. La una era hermosa todavía, pero flaca y de aspecto de mala salud: unos ojos mas civilizados que los de Antonio habrian descubierto que su color rosado no era sino pura y simplemente colorete.

La otra era hermosa como un sol de mayo: sus ojos brillantes y alegres, su cara juvenil, sus carnes mórvidas, su acento gracioso, todo comunicaba al desgraciado Antonio que era Jacinta.

Pasó riendo y hablando junto al aldeano, que habria querido mas bien que la tierra se lo comiera ántes que Jacinta, tan linda y tan bien vestida, lo reconociera y lo llamara, á él, tan rústico y tan atónito.

Sin embargo, Jacinta no sintió la mirada de fuego que iba trás ella: siguió caminando con su ligero y gallardo andar, alegre como estudiante en vacaciones.

Antonio dejó que se alejaran mucho; ántes de volver en sí, y cuando notó que la habia perdido de vista, echó á correr atropellando gente, y á poca distancia las alcanzó. Desde entonces no abandonó la pista: caminando algunos pasos atrás, fué trás ella hasta San Diego. Volvieron por el callejon de las Nieves y se entraron á una casilla pintada por de fuera; se paró en el porton, y oyó risas y palabras en la sala. A las ocho de la noche entró en la casa un caballero muy bien vestido y perfumado, y media hora despues salió con Jacinta y tomaron en direccion á la plaza. Antonio iba detrás, y los vió entrar en una casa en cuya puerta habia mucha gente: preguntó á un hombre cómo se llamaba esa casa, y supo que era el teatro. Preguntó á otro cómo se llamaba ese señor que estaba parado en la puerta comprando un billete, y le dijo que era Perico Ruiz, el *cachaco* mas brillante de Bogotá. Preguntó en seguida por el nombre de la señorita que iba con él, y le contestaron que se llamaba la Esmeralda. Este nombre

no le pareció nombre de cristiana, y tornó á preguntar por qué se llamaba así.

Su amable interlocutor le dijo que era un sobrenombre por su belleza, y por lo mucho que estaba á la moda, y que su verdadero nombre era Jacinta.

Antonio dió un grito é iba cayéndose de bruces en el arroyo. El que había satisfecho su curiosidad lo alzó del brazo, y le preguntó bruscamente: «¿V. conoce á esa mujer?» Antonio iba á decir era... mi novia, y se arrepintió y dijo: «es de mi pueblo.»

La gente acabó de entrar en el teatro, y no quedó en la calle sino un grupo de criados y de pilluelos.

El compañero entró también, y Antonio se sentó en el dintel de una puerta y aguardó hasta las once de la noche á que salieran de la función.

Se acercó á la puerta, y no pestañeó hasta que no vió salir á Jacinta con su pareja.

Dejó que anduvieran un poco y volvió á seguirlos como en la venida.

Llegaron á la casita, se despidió el señor D. Perico, y ella entró cerrando el portón por dentro.

Pero apenas hubo doblado la esquina el señor D. Perico, cuando Antonio salió de su escondite y de un salto se puso en la puerta de la casa de Jacinta; golpeó, é inmediatamente le contestaron de adentro «¿quién es?»

—Yo soy, dijo Antonio, y una muchacha abrió la puerta. ¿Puedo ver á la señorita Jacinta? preguntó.

—¿Qué quería? contestó la voz.

—Darle un recado.

—Dentro, dijo la criada.

Antonio siguió tras ella, y al abrir la puerta de la salita vió á Jacinta que se adelantaba hacia la puerta. Empezaba á desprenderse el tocado, y se había ya soltado su poblada cabellera.

—¿Quién es? tornó á decir; y Antonio, adelantándose, con la cara empapada en lágrimas, y con una expresión de dolor que asombraba: ¡Yo soy! contestó.

—¿Antonio! gritó Jacinta.

El campesino no respondió sino alargándole la carta y el rosario.

—¿Y mi abuelita? tornó á preguntar Jacinta.

—¡Muriéndose y aguardándola! contestó Antonio con un sublime laconismo que su alma le inspiraba en su difícil situación. Jacinta cayó sobre un canapé hecha un mar de lágrimas y sollozó un largo rato.

Cuando alzó la cabeza estaba sola: Antonio había desaparecido.

La pobre niña no tenía dañado el corazón todavía, cuando puso sobre él la cruz del rosario de granates que le mandaba la anciana.

Vais á reiros, lector mio, pero vuestra risa no me impedirá seguir creyendo que el rosario hizo su efecto y convirtió á la pecadora. La agonía le dió fuerzas, no quiso llamar al que con tanta justicia huía de su presencia después de cumplir su piadosa misión; pero se levantó, y embozándose en un pañolón, llamó á la criada, le dió un recado y salió.

No empezaba á aclarar el día cuando ya ella estaba lejos de Bogotá. A pie fué hasta Fontibón, y allí encontró bestia y sirviente para seguir su camino y volver al lugar de donde nunca debiera haber salido.

JOSÉ M. VERGARA VERGARA.

(Continuará).

Fantasia.

Entre sedas y flores reclinada,
mas bella que esas flores y mas pura,
la vi lucir, como en la noche oscura
estrella de celeste resplandor.

La ví, al compás del armonioso piano,
volar en dulce y melodiosa danza,
imagen virginal de la Esperanza,
entre albas luces y fragante olor.

La ví en el prado, el alazan brioso
con blanda brida sujetando altiva,
imágen de la dicha fugitiva,
envuelta en sombras al brillar no mas.

La ví, en el templo, con sus ojos bellos
vuelos al cielo, en ademan piadoso,
madona cuyos fulgidos destellos
muestran el cielo en ilusion fugaz.

La ví, y al verla, deslumbrado, ciego,
en círculo de luz giró mi mente;
la ví y al verla, en amoroso fuego
sentí agitarse el yerto corazón.

Quince años su frente coronaban
de virginal encanto y de alegría,
y á los rayos de amor tal vez se abría,
como al rayo del sol fresco botón.

Pero un amor virgineo, melancólico,
el amor de los ángeles, sin nada
de lo que toma el alma enamorada
al cuerpo terrenal donde moró.

Ojo azul donde el cielo se refleja,
labio que al lirio sonrosado afrenta,
imágen que, cual iris en tormenta,
la tempestad de mi alma dispó.

De mi alma gemela de la suya,
que, ebria, vencida, delirante, ansiosa,
la siguió, como aérea mariposa
que gira y muere entre la luz fugaz.

Pero no solo yo la amaba tanto,
¿quién, sin sentir el alma conmovida,
sin ofrendarle el corazón, la vida,
pudiera contemplar su régia faz?

¿Quién escuchar sin emocion su acento,
nota de un arpa, trino de un querube,
que evocando en el alma el sentimiento,
la hoguera prende cada vez mayor!

Todos la amaban: á sus piés caían

tesoros, himnos, flores, corazones,
en cadena de áureos eslabones
que entretegia y hermozeaba amor.

Entre el raudal de adoracion y amores
mi ardiente lira resonó por ella,
mas ¡ay! no sube hasta la blanca estrella
la voz del ave oculta en el gramal.

Ella, cual astro en apacible noche,
la lumbre de sus ojos derramaba,
y ni promesas ni ayes escuchaba,
dormida en su inocencia virginal.

Lucha tenaz del alma y del deseo!
impulso irresistible!... Amar, Dios mio,
y en el delirio hallar solo el vacío...
una sombra de yelo, y nada mas!

Lanzarse al cielo y en el polvo hallarse,
la mano atada, el pecho comprimido!
pedir amor eterno, amor crecido,
y el odio recibir... desden quizás!

Ay! una vez halléme junto de ella
y con mi pecho comprimí su pecho...
Como ante el huracan el ténue helecho
vibraba estremeciéndose mi sér.

Cruzaban por mi mente las ideas,
ora lúgubres, pilidas, oscuras,
ora suaves, refulgentes, puras,
destellos de esperanza y de placer.

Ella á mi lado! Su mirar lanzando
cual dardo de oro en mi marchita frente,
halagada mi faz por el ambiente
que aromaba su aliento de jazmín!

¿No era un sueño celeste, una esperanza,
blanca ilusion en mi dolor nacida,
fátua luz en las sombras de mi vida,
flor soñada en mi lúgubre jardín?

¡Ah, no! Yo lo recuerdo, y su memoria
eternamente guardaré! Sus labios,
ebrio de dicha, de pasión, de gloria,
con un beso de fuego estremeci.

Y al encontrarse allí nuestras dos almas,
en un beso de eternas vibraciones,

uniéronse también los corazones,
y ambos «yo te amo» murmuramos, sí!

Deliquio celestial! Hora sublime!
pasen siglos y siglos... sepultarla
no podrán en su abismo, ni arrancarla
del fondo de mi yerto corazón!

Ay! Y tras tanta dicha llegó un hora
para ella de júbilo y ventura,
para mí de dolor y de amargura,
indiferente para el vulgo vil.

A ella le abrió horizontes de oro y gloria,
para mí desplegó manto de luto;
á ella le dió de la ventura el fruto,
á mí el veneno matador sutil.

Sí, yo la ví cabe el altar, cercado
de gentes y de luces apiñadas,
sus manos con las manos enlazadas
de otro mortal feliz... de un nuevo amor!

La corona de azahares reposaba
sobre su frente pura, y todavía
palpitar inocente parecía
su corazón en ignorado ardor.

Aun brillaban las flores en sus manos
como la noche en que juró primero...
No es ménos matador, ménos certero
por estar entre flores, su puñal.

Contra el pilar del templo reclinéme,
la sien posada sobre el mármol duro;
ay! al volver en mí, tétrico, oscuro,
el templo, el mundo, en derredor se halló!

Pero ¿qué importa en el raudal del mundo
un corazón de más despedazado?
Leve espuma del mar alborotado,
que ni un alga salpica y... se secó.

JOSÉ JOAQUÍN BORDA.

(Colombia)

MICHELÉ

He oído contar que allá en los tiempos de
las fervientes luchas de la Restauración, dos

jóvenes que más tarde debían ser, uno, ministro de la Monarquía, el otro de la República (si bien ámbos partidarios de las ideas modernas ó avanzadas), trabajaban juntos, una noche, en un cuartito situado en la cúspide del monte de Santa Genoveva, en París, cerca del Luxembourg. La ventana de ese cuartito estaba abierta y podía dominarse desde allí todo el barrio cercano, denominado entonces, con razón, el barrio de las escuelas, el barrio latino, ménos favorecido que hoy por magníficas y suntuosas calles.

Uno de los dos jóvenes, el inquilino de la modesta habitación que hemos mencionado, cuyo nombre era ya célebre, y que, al andar de los tiempos, debía sufocar las generosas pasiones de su juventud,—levantóse, enardecido por el trabajo, para ir á respirar un momento el aire libre; acercóse, en efecto, á la ventana, y volviendo luego hacia su compañero de estudio, le toma de la mano, le atrae á aquel sitio, y mostrándole con un gesto los pisos más elevados de las casas del barrio vecino: — ¿Ves, le dijo, todas esas luces que brillan aún á estas altas horas de la noche? Pues bien, cada una de ellas es un centinela de la libertad.

Aquellos eran los tiempos heroicos del siglo. Era el momento en que el soplo de una libertad reciente, pero bastante para reanimar el fuego sacro, comenzaba á hacerse sentir; en que la poesía, la historia y la filosofía empezaban á brillar dando glorias á la Francia... glorias que han desaparecido hoy casi todas, que la muerte ha reducido á tres ó cuatro nombres, preciosos restos de nuestro tesoro literario.

Las esperanzas de libertad, que todavía, en aquel entonces, no se apartaban de las artes y de las ciencias, animaban á la juventud indiferente y egoísta. La Ciencia, por su parte, perdía un tanto aquel carácter de severidad de que se envanecía más tarde, y

que bien visto, no era sino una astucia para ocultar sus designios. Ella ardía en grandes deseos; vivía, fecundizaba, por decirlo así.

Los estudios históricos, especialmente, estimulados por el patriotismo, se proseguían con un ardor, con un entusiasmo tal, que tenía algo del apostolado. Pero la independencia, que, como á la filosofía, les era tan necesaria, les había faltado bajo aquellas dominaciones anteriores, en que la historia, la de Francia particularmente, acaparada, monopolizada por el Poder, se convertía en un asunto oficial, casi del dominio administrativo, en que los historiadores ó cronistas, en fin, deprimían á los historiadores.

Mas en la nueva época, en la época á que aludimos, era distinto. Así, el historiador, por ejemplo, que hubiera desconocido el precio de la libertad, siquiera aparentemente, para lograr un fin laudable, habría dado una triste prueba de insuficiencia y de servilismo.

Pero el sentimiento contrario aparecía por todas partes; ya lo vemos animando con un fervor extraño, generoso y apasionado las primeras obras de Agustín Thierry; ya lo encontramos en Michelet, en aquel corazón joven siempre y que nada pudo marchitar, dominando hasta el fin de su carrera.

Michelet, este escritor tan laborioso, este poeta, este soñador, no dejó nunca de ser hombre y ciudadano. Tuvo sus vanidades, es verdad, pero no le fueron desconocidas la dicha y el dolor. Así, como nada de lo que inquietaba á sus contemporáneos le encontraba indiferente; como supo interesarse en el porvenir de la libertad de los dos mundos; como mereció, por el corazón, ser el digno compatriota de Washington, de Hoche y de Kociusko, supo también permanecer libre de esos compromisos personales, tan aparentes para alterar la verdad histórica,

sobre todo cuando se ha desempeñado un papel activo é importante en los negocios humanos.

Si el historiador, si el hombre de Estado, encuentran en la práctica y en su propia experiencia luz bastante para esclarecer la historia, ¿cuántas veces no confundirán esa ventaja con la preocupación casi inevitable, de buscar en el pasado analogías engañosas con sus propios hechos!

¿No les acontecería al escribir la historia, el creer contar la suya propia, y sustituir á las veces, sus memorias personales al cuadro desinteresado de otros tiempos?

Michelet permaneció siempre ageno de toda función política. Nunca estuvo sujeto á semejantes tentaciones; sin figurarse por esto, que había sido Washington en una existencia anterior, ni celebrar bajo un seudónimo, á su antojo, su personalidad de historiador. No, lejos de esto, encontramos en su obra histórica, ideas contrarias á este respecto. Al hablar de los grandes hombres, de los que verdaderamente lo son, por su carácter y sus servicios más que por su nacimiento ó su ministerio, dice, haciéndoles justicia, que no se les debe sacrificar el resto de la humanidad y que la historia no solo debe reconocer y recordar el mérito de la humilde abnegación sino también el de ese personaje colectivo y anónimo de quien Lutero presintió la fuerza y á quien llamaba *Monsieur tout le monde*. La historia clásica había sido durante largo tiempo, como la tragedia francesa, un drama en el cual, solo príncipes y señores tenían el derecho de figurar; Michelet hizo entrar al pueblo, rindiendo así á este actor olvidado tanto tiempo en la oscuridad; el mérito de las iniciativas y también el de la pesada responsabilidad de culpables flaquezas é ímpetus desatentados.

No puede decirse que haya exagerado su

papel, pues es aquí precisamente donde se ve bien utilizado el sentimiento democrático. Su idea, fecunda y verdadera, es la justicia ante todo — y no vemos quien pueda quejarse. — Si es cierto que en ocasiones empuja esas individualidades ambiciosas que destrozaban un tiempo la historia ó la absorbían en su propio interés, también lo es que frecuentemente les descarga de una gran parte de la culpabilidad que se les atribuía, para hacerla recaer sobre los que los han engrandecido, embriagado con su incienso y corrompido con su idolatría. Esa idea es la equidad, y como toda equidad, verdadera é indulgente para con todos, humildes ciudadanos ó altos personajes. Es un fin, una lección.

La inteligencia de las ideas y de las pasiones del hombre fuera de las situaciones privilegiadas con que tan fácilmente se acomoda, era debida en Michelet á su espíritu de observación y á la total ausencia de todo sentimiento de orgullo y pedantesca aristocracia con los humildes ó los *simples*, como solía llamarles. Al contrario de esos eruditos que se figuran que solo en los libros se aprende, él buscaba en la realidad, en la cordial familiaridad con las pobres gentes, una instrucción y luces que los libros no eran bastante á proporcionarle.

Así escribiera una vez: «La conversación más instructiva, después de la de los hombres de genio y de los sabios, es la del pueblo. Si no podemos conversar con Béranger, Lamartine ó Lamennais, vamos á la cabaña del campesino; ahí aprenderemos más que con las mediocridades.» En efecto, las mediocridades, además de la infatuación que produce en ellas su escasa cultura, son esclavas de la fórmula y están sujetas á convenciones. El pueblo, por lo menos, ha recibido «la educación de las cosas.» Y es esta educación de la que carecen casi siem-

pre aún los talentos más cultivados. Además, lo que se llama en ellos grosería y rudeza, puede decirse que son las trazas del carácter primitivo; los rasgos pronunciados que uno cambia fácilmente, son para el observador un curioso tema de estudio que nadie podría reemplazar. No es, por cierto, en un herbario, adonde debe irse á aprender la botánica y á sorprender los secretos de la vegetación. Así es, pues, el hombre mismo, el mejor libro para estudiar la humanidad, la vida de la historia con tanta frecuencia disecada por el escalpelo de vulgares cronistas.

Fué en tal escuela donde Michelet adquirió ese precioso don de dar vida á sus narraciones y á sus personajes históricos, llevándolo hasta donde lo llevaron Agrippa d'Auvigné, Retz y Saint-Simon. Antes de Michelet, no había sido acordado en Francia sino á los escritores de *memorias*, escritores la mayor parte llenos de las pasiones que describían; él supo llevarlo á la historia y definirlo con derecho.

Así, muchas veces he pensado que los versos que V. Hugo dedica al escultor del *Panteón*, David, podrían aplicarse también á Michelet. Dice el poeta en tono inspirado mostrando al estatuario:

Oh! qu'en ces instants — là ta fonction est haute!
Au seuil de ton fronton tu reçois comme un hôte
Ces hommes plus qu'humains. Sur un bloc de Paros
Tu t'assieds, face à face avec tous ces héros,
Et là, devant les yeux qui jamais ne défontent.....

Dérangeant le guerrier pour mieux placer l'apôtre,
Tu fais des dieux; tu dis, abaissant ta hauteur,
Au pauvre vieux soldat, à l'humble vieux pasteur:
«Entrez, je vous connais; vos couronnes sont prêtes;»
Et tu dis à des rois: «Je ne sais qui vous êtes!»

Esta idea de equidad, pues, nueva en la historia, ha chocado á muchos. La malignidad puede darle un sentido equivoco y hacerla aparecer sospechosa á los ojos de

los que, á un mismo tiempo, pretenden ser hombres públicos y escritores. Pero, el que no fué ni quiso ser nunca otra cosa que un historiador, mal podia difundirla para adalar á los que no solo no debian leer nunca sus obras, pero ni siquiera oír pronunciar su nombre. No era, pues, sino materia de conciencia.

Si jamás quiso aceptar la responsabilidad de un puesto público, no puede decirse que fuera por sustraerse á las pruebas y deberes de ciudadano. No. Viósele el 2 de diciembre negarse á prestar un juramento que su conciencia repugnaba, y á pesar de sus años y de lo duro del sacrificio, dejar sus archivos, tesoro tan precioso para un historiador de la Francia; viósele renunciar tambien la cátedra del Colegio de Francia y á aquellos simpáticos vivos de su jóven cuanto entusiasta y respetuoso auditorio.

No le hubieran faltado pretextos especiosos para encubrir una debilidad, pero su carácter los desdeñaba. Prefirió conservarse puro, sacrificando lo que le habia costado una vida de consagracion al estudio, al silencio del retiro, donde ayudado de un colaborador inteligente que endulzaba la amargura de tan rudos tiempos, proseguia con afán su obra histórica, y escribia esos preciosos libros que todo el mundo conoce, que todos han leído, como *L'Oiseau* y otros, llenos de poéticos encantos. En estos libros como en los históricos han podido criticar el exceso de sus raras cualidades y admirar uno, e los escritores más originales de nuestra literatura.

En sus libros de historia, casi siempre ahí donde la expresion parece mas excesiva y bigama, es justa y verdadera.

Como profesor, ningun otro ha poseido en más alto grado que él esa cualidad esencial que se requiere para el caso, cual es la de estimular el gusto en sus alumnos é in-

fundirles la pasion del estudio. En la Escuela Normal, donde enseñó durante diez años, obtenia de sus discipulos trabajos prodigiosos. Con dificultad encontrariase una vida más ejemplar, ni un hombre más penetrado del sentimiento del deber. Yo no sé por qué han afeado tanto sus convicciones religiosas, tan conocidas, desde luego, por todos los que le rodeaban, y las cuales, consignadas en su testamento, son hoy conocidas tambien del público, lo mismo que sus obras.

Por otra parte, sus convicciones religiosas son una prueba de esa repugnancia ó desden con que veia todo lo que le parecia contrario á la verdad.

EUGÈNE DESPOIS.

LAS ÁNIMAS

—Madre, tocan á la queda.

—Eleva, hija, tu oracion
que la voz de la inocencia
oye cariñoso Dios.

Ruega por los que padecen
en honda tribulacion;
ruega por los que en el mundo
vierten llanto de dolor.

—Madre ¿es verdad que las almas
de las que mueren de amor,
flores que deshoja el cierzol
vagan de la noche en pos
y velan por el ingrato
que engañó su corazon?

Ah! si es verdad, madre mia,
tambien morir quiero yo.

—No acaricies, pobre niña,
tan fantástica ilusion....
los amores de la tierra
no llegan al cielo, no!

RICARDO PALMA.

(Perú).

POEMA

El amor, alma mia, es un poema
ya triste, ya sombrío, ya travieso;
distinto en formas, pero igual en tema;
y es la estrofa mas linda el primer beso.

G. MATTA.

(Chile).

SECCION DE VARIEDADES

Por lo que honra á España, debemos consignar el grande aprecio en que tienen á *La Ilustracion Española y Americana* los principales órganos de la prensa extranjera. Repetidamente vemos copiados por las revistas ilustradas inglesas y alemanas los grabados que tanto llaman la atencion en aquella, ora representen los tipos y estudios de costumbres populares en que sobresalen Pradilla y el malogrado Becquer, ora se refieran á lances de la guerra y escenas del campamento, en que es inimitable Pellicer. Y no son únicamente esas revistas semanales, sino la prensa política y noticiara de los países referidos la que suele ocuparse, elogiándola en extremo, de la citada publicación. Antes el arte del grabado, y aun el del dibujo, estaba casi en la infancia en España: hoy, merced á *La Ilustracion Española y Americana*, ha llegado á su apogeo.

Sabemos que el distinguido poeta y catedrático de la Universidad de la Habana, D. Emilio Martin Gonzalez del Valle va á publicar un nuevo libro, cuyo interés anuncia el siguiente título: *La Poesía lírica en Cuba: apuntes para una biblioteca*; obra escrita con la elegancia que caracteriza al autor de *Blanca* y de *La Esperanza de mi amor*, y enriquecida con datos biográficos: de Heredia, Plácido, Milanés y otros insignes vates del suelo americano. Todos tienen cabida en la galeria que va á exhibir el Sr. Gonzalez del Valle, quien ha sabido evitar con particular esmero el mojar su pluma en las turbias aguas de la política.

Felicitemos cordialmente á nuestros muy queridos amigos Alfredo Vila, Clemente Fernandez y Eligio Puig por el grado de

Licenciado que han recibido en la facultad de Medicina y Cirujía de esta Universidad. La asiduidad en el estudio que siempre han mostrado y su inteligencia, nos hacen augurarles un brillante porvenir en la espinosa carrera que han emprendido.

El uso del cloral está tan en boga que últimamente se ha ensayado en Burdeos para amansar los caballos de genio muy vivo. El veterinario que hizo el primer experimento comunicó el hecho á la Academia de Medicina y Cirujía de dicha ciudad, haciendo notar al mismo tiempo que los caballos sometidos á la accion del cloral se hallan poseidos de una gran inclinacion al sueño; por lo que aconseja que su uso se haga siempre con cautela.

En el próximo número empezaremos á publicar la novelita filosófica *Una culpable inocente*, del conocido escritor D. Pedro Gay.

En lo sucesivo publicaremos tres revistas, una *literaria*, escrita en Madrid por don Manuel Corchado, una *científica* y otra de *artes* escritas en Paris por los corresponsales que allí tiene EL RAMILLETE.

Con este número recibirán nuestros suscritores el tercer reparto de los ECOS DE AMERICA, que consta de dos danzas: *El Angel de la aurora*, por Adolfo H. Ramos, y *La Borinquena*, por J. Astol. El final de *La Borinquena*, irá en la 4.^a entrega.

Habiendo tomado la administracion de EL RAMILLETE las medidas necesarias para que el reparto del periódico se haga con toda puntualidad, suplicamos á nuestros suscritores se sirvan pasarnos aviso de la menor falta que noten en el servicio.

Asimismo recomendamos que se eviten las escesivas diligencias á que se ven obligados los cobradores.

Establecimiento tipográfico de Eduardo Gilart, Rambla de Estudios, 8.—BARCELONA.